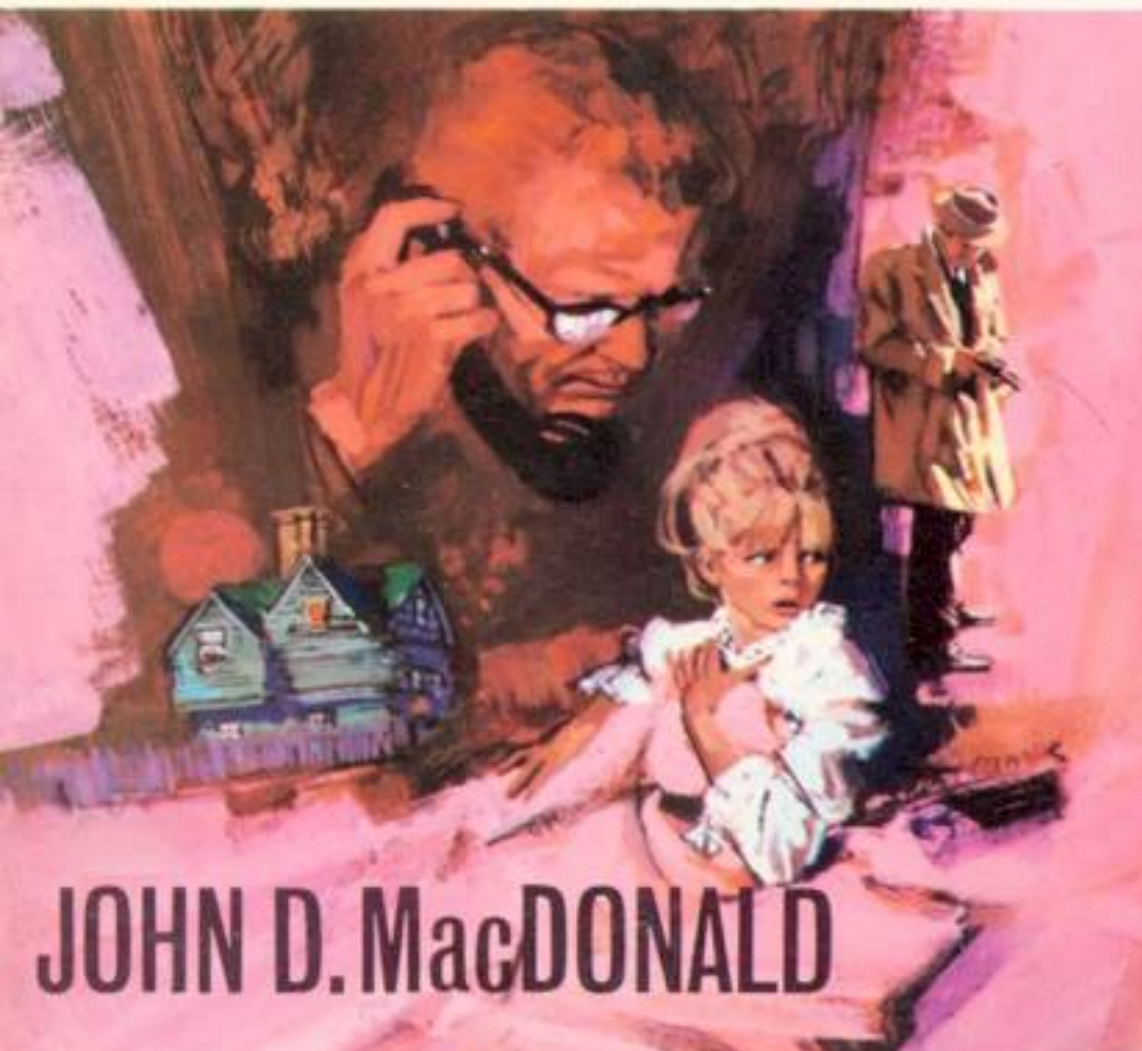




# LA TUMBA PURPURA

**TRAVIS McGEE**



**JOHN D. MacDONALD**

Una hermosa mujer llama a Travis McGee a Arizona.

Necesita su ayuda para recuperar el dinero que su inútil futuro ex marido le ha robado. Pero a ella no le queda mucho tiempo de vida, y aunque su empleadora muera, Travis no se dará por vencido. Usualmente no sale de Florida y no regresará a casa con las manos vacías. Esta es la tercera aventura de Travis McGee.

---

Travis McGee 3

---

## UNO

El coche tomó velozmente una cerrada curva. Con excesiva velocidad sobre una carretera que no merecía llamarse así. La mujer se ciñó al farallón de roca sobre la grava del camino y a continuación apareció a nuestra izquierda un profundo precipicio que bordeamos sobre un par de profundos baches. La mujer hizo girar el volante con habilidad y yo me encogí en el asiento esperando de un momento a otro que el blanco «Alpine» volara por el aire. Pero conseguimos sortear el borde del abismo y el coche se detuvo violentamente, a unos tres pies de un desprendimiento de rocas. El fuerte patinazo había parado el motor.

—¡Vaya! ¡Sólo faltaba esto ahora! —exclamó Mona Yeoman.

El coche emitió unos extraños sonidos metálicos como si se quejara. Un pájaro se burló de nosotros con su ruidoso canto. Y un lagarto se deslizó por entre una grieta de las rocas.

—¿Final del camino? —interrogué.

—¡Cielo santo, no! Podemos ir andando desde aquí. Creo que habrá una media milla de distancia. Hace mucho tiempo que no subo a estas alturas.

—¿Y mi equipaje?

—No me pareció que trajese usted muchas cosas... Supongo que puede usted cargar con él, señor McGee. Quizá también podría apartar algunas de estas rocas para que pa-

sara el jeep..., o quizá yo pueda enviar a algunos hombres para que lo hagan.

—Si hemos de mantener el máximo silencio posible sobre esto, es probable que tenga usted razón. Cargaré con mis cosas.

—Eso tiene más sentido.

—Si me decido a ayudarla, señora Yeoman.

La mujer me miró. Sus ojos tenían la bella tonalidad azul de los huevos del petirrojo. Replicó:

—Ha llegado usted hasta aquí, ¿no? Creo que lo hará.

Saqué mi maleta del pequeño coche y subimos por las rocas. Había un desprendimiento reciente, a juzgar por el aspecto de los trozos de piedra quebrados. Pero me sentí satisfecho de abandonar el coche. La carretera era empinada y las curvas muy interesantes. La mujer me había esperado en el aeropuerto situado a cincuenta millas de distancia, mucha distancia, sin duda, de su hogar. Dijo que disponía de un lugar donde yo podría estar, un lugar muy oculto, y que podríamos charlar con tranquilidad una vez llegásemos allí. Desde el momento en que la había conocido no había cesado de hacer cálculos sobre su personalidad.

No parecía encajar muy bien ni en aquel áspero paisaje ni en las ropas que vestía. Era una rubia madura, muy bien formada, de unos treinta años de edad. Poseía un gran dominio de sí misma, a juzgar por la competente manera en que se comportaba, y una invulnerable arrogancia. Hubiese estado mucho más en su ambiente en una casa de Park Avenue, vestida a la última moda con un costoso modelo y paseando en una tarde de domingo luciendo un fantástico sombrero, a la vez que paseaba a su pequeño caniche.

Pero aquí la mujer pisaba la gruesa grava del camino con botas altas, lucía pantalones de sarga, una chaqueta de lana y sombrero vaquero. Aunque nos encontrábamos a bastante altura, no soplaban el viento y el sol hacía difícil el caminar cómodamente. Hubo un momento en que me detuve, dejé la maleta en tierra, y me quité la chaqueta.

—Buena idea —dijo ella, imitándome y echándose la prenda sobre un hombro.

Continuó caminando con el aire de la persona que está destinada a ocupar el primer lugar en la marcha y a que el mundo entero siga tras ella en fila india. Su cintura era estrecha y mantenía la cabeza erguida. Los claros pantalones de sarga, un poco más oscuros que su sombrero, se ceñían a sus piernas tanto como la piel. Era un tipo auténticamente femenino de pies a cabeza. Era fuerte, bien formada, rica e inaccesible. Decidí que esto último, en el caso de que ella concediese sus favores, debía ser algo muy parecido a un terremoto o algo por el estilo, algo que forzosamente debía estar adornado con extraños vinos, incienso y sábanas de seda. Todo su aspecto denotaba a la mujer que hacía en el mundo lo que le daba la real gana.

Por el momento concentraba toda su atención sobre una cosa cada vez. Primero caminar. Más tarde hablar.

La carretera terminaba en una cabaña. Esta se alzaba sobre un terreno naturalmente llano que tendría aproximadamente un acre, formando, a su vez, una especie de ancho anaquel situado cerca de la parte alta de la montaña. La cabaña estaba construida con madera de extraño color gris plata, era vieja; pero estaba muy bien construida con tejado inclinado. Había cerca de ella un cobertizo abierto que contenía pilas de leña y un viejo *jeep* que aún mostraba la pintura del ejército. Había una pequeña choza detrás del cobertizo, apoyándose contra la cara rocosa de la colina. Y una letrina construida al borde de un precipicio infernal.

Seguí a la mujer hasta el porche de la casa y extrajo una llave de un bolsillo de sus ceñidos pantalones para abrir la puerta.

—Esto es lo que podríamos llamar el dormitorio y el *living-rom*. Esa chimenea funciona muy bien y sirve de calefacción. La cocina está allí... y es de leña. Hay un buen surtido de todo. Más arriba, en la colina, hay un manantial, co-

sa muy rara por aquí. El agua llega hasta la cocina mediante una bomba. Agua fría solamente, claro está. Pero es agua excelente. Supongo que se habrá fijado usted en las tuberías del exterior. La batería del jeep probablemente no ande muy bien, aunque quizá el coche arranque si lo hace bajar por la colina. Puede llevarlo a alguna estación de gasolina y ver lo que necesita. Ponga el gasto en la cuenta. En ese armario de ahí hay algunas ropas de campo. Dudo que haya algo lo suficientemente grande como para que le sienta bien, señor McGee, pero creo que podrá arreglarse.

—Señora Yeoman...

—No hay sábanas, pero sí bastantes mantas y... ¿Dígame?

—No voy a comprar este lugar. Ni siquiera pienso alquilarlo. Y puede que tampoco me quede en él. De manera que dejemos todo eso, por el momento. ¿Le parece?

La mujer me miró con desaprobación y exclamó:

—¡Pero alguien tiene que ayudarme! ¿Para qué ha venido usted hasta tan lejos si...?

—Al igual que hace cualquier chica de vida alegre que se respeta a sí misma, señora Yeoman, yo me reservo el derecho de elegir y aceptar. Hubo una época en la que una dama supuso que yo estaría dispuesto a matar por ella. Y que lo haría felizmente. Pero esa no es mi línea de trabajo.

—¡Aquí no se trata de nada de eso! Fran Weaver es una de mis más antiguas amigas. Dijo que si alguien en el mundo podía...

—Lo sé..., lo sé... Me escribió. Me puse en contacto con usted y usted envió el precio de un billete de vuelo. Usted comerció con su dinero y yo con mi tiempo. Ahora veremos si nos podemos entender bien.

Coloqué mi maleta sobre la litera, la abrí y extraje una botella.

—¿Whisky sin hielo? —interrogué.

—Por favor, sí. Con agua, mitad y mitad. Verá que el agua está bastante fría.

Efectivamente, el agua estaba lo suficientemente helada como para dormirme los dedos. Serví la bebida en dos vasos diferentes y penetré con ellos en la casa. Ella tomó asiento sobre un cojín de cuero, junto al elevado hogar de la chimenea. Dentro de la cabaña hacía más fresco que en el exterior. La mujer se había echado la chaqueta sobre los hombros, y dejado el sombrero sobre una mesa.

Yo me senté en una silla hecha con tiras de cuero. La mujer alzó su vaso y dijo:

—Por nuestro convenio...

—Sea —repliqué.

Bebimos y yo añadí a continuación:

—Señora Yeoman, me gustaría aclarar que acepté esto porque me encuentro casi sin un centavo.

La mujer pareció desconcertarse un poco y murmuró:

—Eso... eso no es muy alentador.

—¿Quizá porque indica que no tengo éxito? Se equivoca, señora Yeoman si lo piensa así. Siempre soy hombre de éxito.

—No lo entiendo.

—Sólo trabajo cuando el dinero se esfuma. Disfruto con mi retiro, señora Yeoman. Voy alcanzándolo a plazos mientras soy joven. Todo el mundo me conoce como... digamos vagabundo de playa. Vivo en una casa flotante. Y vivo como quiero, tan bien como me place. Pero algunas veces tengo que trabajar. Y conste que no de muy buena gana. ¿Comprende usted la situación?

—Creo... creo que sí. Fran dijo...

—A usted le han quitado algo, algo que le pertenece. Y ha agotado todos los medios para poder recuperarlo. Si acepto el asunto lo intentaré yo. Y si llevo a cabo una recuperación me quedará con la mitad de su valor.

—Eso..., eso no podría ser en este caso.

—Entonces volvamos a descender por esa colina, señora Yeoman.

—No. Espere un minuto. Permítame explicarle la situación. Mi padre era Cubitt Fox. Esto no significa nada para usted, ya lo sé. Pero ese nombre todavía se recuerda por aquí. Yo era su única hija. Mi madre murió dos años después de nacer yo. Él trató de educarme lo mismo que hubiese hecho con un hijo. Murió hace veinte años cuando yo tenía doce. Él contaba cuarenta y cuatro. Su amigo más íntimo y más querido era Jasper Yeoman. Jass tenía treinta y ocho años cuando papá murió. El testamento nombraba a Jass albacea testamentario. Se hizo cargo de todo. Fue muy amable y generoso. Yo asistí a buenas escuelas del Este, señor McGee. Después de graduarme en Vassar me fui a trabajar a Nueva York, en una revista. Disfrutaba de una generosa pensión mensual. Yo tenía entonces veintidós años. Me enamoré de un hombre casado. Huimos juntos. Fue una equivocación terrible. En París, él cambió de idea y regresó al lado de su esposa. Me quedé allí durante casi un año. Bebí mucho e hice algunas locuras. Entonces enfermé. Llegó Jass. Me llevó a Suiza y estuvo conmigo hasta que me recuperé del todo. Yo necesitaba entonces estabilidad emocional, seguridad y afecto. Jass y yo contrajimos matrimonio a bordo del buque en el que regresamos hace nueve años. Él tiene ahora cincuenta y ocho años. Hasta hace un año fue... una vida cómoda. Jass es un hombre rico, tenaz y de éxito. Para él fue su primera boda. No pudimos tener hijos y esto fue culpa mía y no de él. Hace un año me enamoré de nuevo. Creí que Jass sería... razonable. Pero no lo fue. Decidí dejarle. Creí que podría recuperar el dinero que me había dejado mi padre y dejarle... Yo todavía estaba cobrando la pensión que suponía eran los réditos de mi capital en depósito. Sé que había varios valores depositados. Estaba recibiendo mil quinientos dólares mensuales desde los veintiún años de edad. Y gastándolos. Sin duda fui bastante manirrota en ese sentido. Como ya le he dicho, señor McGee, Jass era el albacea y le pedí cuentas. Se burló de mí. Dijo que los valores de mi padre se habían esfu-



mado hacía años y que me había estado pasando la pensión de su propio bolsillo. Exigí ver cifras. Dijo que nada significarían para mí, aunque me las mostrara. Añadió que mi padre había hecho inversiones erróneas y que el dinero ya se había agotado en la época en que nos habíamos casado... ¡Señor McGee, mi padre era un hombre de éxito! Cuando murió, los documentos especificaban que sus valores ascendían a más de dos millones de dólares. Ese dinero no pudo haberse esfumado. Creo que mi marido se ha apoderado de ese dinero en alguna forma.

—Señora Yeoman, creo que lo que necesita usted es un abogado y un buen contable. Por lo tanto, no creo que me necesite a mí.

—Deje que le explique unas cuantas cosas más... Esta es Esmeralda County. A ocho millas de distancia, allá en el valle, está la ciudad de Esmeralda. En la ciudad está el Esmeralda Bank y la Trust Company. Mi marido es el conda- do, el Banco, la ciudad y otras muchas cosas más. Jass sale de caza con los otros hombres que dirigen todo este Estado. Juega al poker con ellos. ¡Maldita sea! Estoy siendo trata- da como una esposa-niña..., como si esto fuese... fuese una especie de rabieta, de pataleta de una criatura mimada. Se supone que debo ser una buena chica y pasarlo todo por alto.

—¿Ha visitado usted a algún abogado?

—No pude encontrar un abogado en Esmeralda que quisiera hacerse cargo del asunto. Encontré un joven abo- gado en Belasco, en el cercano condado. Durante un mes hizo algunas diligencias. No recuerdo todo lo que me dijo, pero sí lo más importante de sus palabras. Mi marido tuvo que presentar una relación de su... tutela ante el juez, y de- positar tales informes en el tribunal, porque yo era una menor, creo yo. Extendió tres informes, uno a los cinco años de morir papá, otro a los diez y el último a los quince. El úl- timo informe era una declaración en la que se especificaba que la fortuna se había agotado. Aquel juez murió. Hace

cuatro años se construyó la nueva Audiencia. Los informes estaban en los archivos viejos y ni siquiera tienen índice..., en realidad no se puede asegurar si aún están allí o no. El abogado que empleó Jass también ha muerto. Y nadie sabe adónde han ido a parar sus archivos e informes. Mi abogado dijo que tendría que comenzar desde el otro extremo, conseguir una copia de las declaraciones de impuestos archivada en el Gobierno federal hace veinte años e identificar así los valores y luego seguirles la pista mediante los informes públicos de venta, y así sucesivamente, y construir en tal forma un caso que exponer ante un tribunal, un caso que demostrara que se habían realizado operaciones o negocios de carácter fraudulento. Entonces tendría que actuar legalmente en contra de mi marido. Aun cuando dispusiéramos de algo concreto para seguir adelante, el abogado dijo que Jass podría demorar el asunto, durante tres o cuatro años antes de que pudiésemos acudir a un tribunal de justicia. Mientras tanto, mi pensión ha quedado suprimida, hasta que —cito sus propias palabras— recupere yo el sentido común. Me aplica una afectuosa palmada sobre la cabeza y me dice que olvide todas estas tonterías.

—Puede que esos valores no fueran tan grandes como cree, señora Yeoman.

—¡Oh, vamos, señor McGee! Papá amaba la tierra. Tenía mucha fe en el futuro de toda esta zona. Le mostré al abogado, y puedo mostrárselo a usted, uno de los terrenos que poseía. Ahora aquello se ha convertido en la planta Chem-Del, y hay dos grandes centros comerciales y unas cuatrocientas casas. Mi padre registró ese terreno en la oficina del Actuario del Condado y no se vendió para pagar impuestos. Los informes muestran que se vendió tres años después de morir mi padre a algo llamado *Apex Development Corporation*. Los registros de la capital del Estado demuestran que la Apex duró unos cuatro años y luego se deshizo sin dejar valores de ninguna clase. Papá también era dueño de todo esto. Diez mil acres. Jass sabía que yo

amaba este lugar. Hace siete años y como regalo de cumpleaños me cedió esta parte de terreno, novecientos acres. Dijo que se la había comprado a los que entonces eran sus dueños. Hace cuatro meses tuve la idea de vender esto, pero Jass figura en la escritura y tampoco puedo hacerlo.

—Bien. ¿Y qué es lo que desea usted de mí?

—Esa propiedad me fue robada... por mi esposo. Debe haber alguna forma de obligarle a una restitución. Alguna forma de hacer que me tome en serio. Porque no hablo en broma, ¡maldita sea! Quiero mi dinero y quiero el divorcio. Y deseo casarme con John Webb.

—Supongo que el dinero es necesario.

—John no tiene ninguno si eso es a lo que usted se refiere. Es profesor ayudante en State Western. La legislatura controla la Universidad. Jass tiene buenos amigos en la legislatura. El día que le deje, según él, John Webb se quedará automáticamente sin trabajo y sin la menor oportunidad de encontrar un empleo en ninguna otra parte. He quedado reducida a ser... una cautiva, señor McGee.

—Una mujer inteligente puede lograr que un hombre quede satisfecho al desembarazarse de ella.

—Durante meses he sido una perfecta perra. Pero él se burla de mí. Dice que ya se me pasará. Siempre ha sido muy... ardiente. No le he permitido que me toque ni se lo permito. Y esto tampoco parece molestarle. Creo que tiene para eso a alguien más. Confía terriblemente en que esto se me pasará y que volveré a ser nuevamente su pequeña y dócil esposa. Tuve que vender joyas para pagar a aquel abogado y también tuve que vender otra joya para abonar el billete de vuelo de usted. Él dice que una vez que yo le demuestre que quiero ser de nuevo su esposa, las cosas volverán a ser lo mismo que antes. Conté todas mis dificultades a Fran cuando ella me visitó. Y usted... usted fue lo único que ella me sugirió como solución.

—No acabo de ver que se pueda hacer algo en este caso.

—Señor McGee, quiero ser realista en todo esto... He llegado hasta el extremo de desear cada vez menos. Quiero que se convenza de que debe dejarme ir, y quiero irme con cincuenta mil dólares. Si usted logra liberarme de alguna forma con cien mil le daré a usted la mitad. Si puede usted conseguir más le entregaré el diez por ciento sobre toda cantidad que pase de los cien mil. Mi otra única solución es esperar sentada a que se muera... y lo cierto es que quizá muera yo antes. Es un hombre muy saludable.

—O podría usted huir con ese Webb.

La mujer hizo un gesto y replicó:

—Ya le amenacé con eso. Dijo que nunca se divorciaría de mí por semejante deserción. Que enviaría gente en mi busca y que volvería a traerme a casa. Y que tales personas propinarían una buena paliza a Webb por robar esposas. John no es muy fuerte físicamente... No, él tiene que dejarme ir voluntariamente.

La mujer se puso en pie y paseó por la estancia impacientemente. Poseía una gran vitalidad y energía. No parecía pertenecer a la clase de mujeres que es preciso cuidar y mimar para que no se agosten o marchiten.

—¿Por qué querría apoderarse del dinero de usted?

—Creo que también sé algo de eso, de las razones que le impulsaron a ello. Oí muchos rumores. Cuando yo tenía unos quince años, él pasó unas malas temporadas. Siempre fue muy osado en el terreno de los negocios. Supongo que excesivamente temerario. Se extendió en demasiadas direcciones, hasta tal punto que, cuando las cosas comenzaron a irle mal, no tuvo bastante dinero para defenderse. Así tuvo que recurrir al mío para salvarse. Puede que entonces pensara en restituirlo, pero poco a poco tuvo que ir tomando más y más y trabajar mucho antes de que las aguas volvieran de nuevo a su cauce. Sospecho que por entonces pareció más fácil falsificar algunas cosas y no pagar. Y por otra parte, la mejor forma de taparlo todo de una vez era casándose conmigo. No creo que realmente tuviera deseos

de casarse. No pertenece a esa clase de hombres. Fue algo que tuvo que hacer para protegerse a sí mismo. Yo me encontraba entonces muy deprimida, al borde casi de una neurosis, y aprovechó la oportunidad. Durante los años en los que... bien, todo pareció marchar sobre ruedas, porque yo jamás desempeñé el verdadero papel de esposa, él no quería cambiar su forma de vida en absoluto. Ni siquiera pareció tomarme en serio.

—Todavía no acabo de ver dónde puedo encajar yo, señora Yeoman.

—Señor McGee, él no recurrió a todos estos trucos y tretas llevados a cabo en años sin crearse enemigos. Habrá alguien que... que sepa suficientes cosas como para presionarle en alguna forma. Y no creo tampoco que Jass tenga tanta confianza en esto como ha tratado de hacerme creer. Estoy muy segura de que hay gente que me está siguiendo. Creo que le preocupo un poco, y supongo que sería feo que los periódicos publicasen: «La esposa de Jass Yeoman demanda a su esposo a causa de lo que ocurrió con el dinero de su padre». También sospecho que él está preocupado por la posibilidad de que yo haya ahorrado parte de mis pensiones.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Tuve una doncella mejicana durante cinco años... Una muchacha pequeña y muy simpática. Se fue hace seis meses y se casó. Se presentaron a ella dos hombres y la estuvieron interrogando durante horas, particularmente acerca de mis finanzas personales, cuánto solía gastar y en qué y cosas por el estilo. Dijeron que eran contables. Después la muchacha estuvo preocupada por aquello unos días, vino y me lo contó todo. Eso ocurrió hace ahora dos meses. Yo sostenía con Dolores unas relaciones poco corrientes. Confiábamos mucho una en la otra. Yo la quería mucho.

—Y usted cree que porque su esposo pueda estar preocupado también podría ser susceptible a alguna clase de presión.

—Si yo supiese qué hacer, señor McGee, yo misma lo habría hecho. Incluso llegué a pensar en chantajear a mi propio esposo. Contraté los servicios de un hombre para que averiguase si había más mujeres en su vida. Supongo que era un individuo torpe. La policía le metió en la cárcel durante tres días y tres noches no sé por qué tontería... y así abandonó la empresa.

—Bien, pues aún no acabo de entender bien todo esto.

Me pidió que la siguiera. Salimos y nos acercamos hasta el borde del precipicio. Las colinas que nos rodeaban tenían una tonalidad rojiza y marrón con pequeñas manchas de verde. En las cercanías había un grupo de pinos de retorcidas ramas. Ella señaló hacia el Oeste extendiendo una mano. El terreno sobre el que nos encontrábamos descendía casi verticalmente y más allá se convertía en llano, y al otro lado de aquella llanura semidesierta, abrasada por el calor del sol, y envuelta en una suave bruma, vimos la ciudad de Esmeralda, con sus cuadradas casas alzándose en la distancia. Luego ella señaló a la carretera 87 que penetraba en la ciudad desde el nordeste, una carretera situada a cuatro millas de distancia y a tres o cuatro mil pies más abajo de donde nos hallábamos. Distinguí dos grandes camiones de transporte que parecían arrastrarse entre unas cucarachas más rápidas. Coches particulares.

La mujer permaneció en pie medio vuelta hacia mí.

—Tengo treinta y dos años, señor McGee. He desperdiciado tiempo y años. En cierto sentido estoy agradecida a Jass. Pero quiero irme. Soy la princesa cautiva y el castillo está allá abajo. Jass es el rey. Puedo tener libertad de movimientos mientras llegue montada en mi caballo blanco ante los muros del castillo al anochecer. Supongo que esto es un tanto cursi. Pero cuando una está enamorada como yo, es inevitable contemplar imágenes románticas. Y aún no soy lo suficientemente anciana como para encerrarme en un convento y llorar allí mis penas. Debo recibir ayuda, señor McGee.

Permanecía en pie, inmóvil, a mi derecha, un poco vuelta hacia mí, y el sol había colocado en su frente y labio superior una fina película de transpiración. Ella deseaba una pronta respuesta. Y yo fruncí el ceño en silencio buscando las palabras necesarias para decirle que aquella operación que me proponía no se ajustaba en absoluto a mi modalidad de trabajo.

Súbitamente, la mujer se lanzó hacia delante como impelida por una misteriosa fuerza, tocándome con su hombro y haciéndome retroceder. Cayó con la cabeza erguida y tocó con su rostro la recocida tierra y los bordes de piedra. Luego su cuerpo se deslizó por lo menos seis pulgadas tras recibir el golpe, sin haber siquiera alzado los brazos para protegerse contra la caída. El ruido que inició la caída fue un ruido curioso y feo. Fue un sonido fofo, un impacto parecido al de un hacha que se hundiera en un tocón blando y podrido. La mujer yacía en tierra sin hacer el menor movimiento, sin que de su garganta surgiese el menor sonido. Y al cabo de un momento oí el distante ladrido de un rifle pesado, y el eco del disparo pareció rebotar en cien ecos diferentes entre las rocosas colinas, en medio del día sin viento. Había demasiado espacio al descubierto entre donde yo me encontraba y la cabaña. Corrí en zigzag hacia los pinos que se alzaban a cincuenta pies de distancia, los rodeé y me arrojé a tierra, agarrándome a una retorcida raíz y colgando mis piernas a medias sobre el borde del precipicio. Una piedra se deslizó y reinó el silencio durante unos segundos hasta que oí su caída en la distancia. Tragué saliva y volví a ver el húmedo orificio rojo que se había abierto en la parte alta de la columna vertebral de la mujer. El proyectil había atravesado la blusa de seda en el centro, dos pulgadas más abajo de donde el cuello se unía a los bien formados hombros. Un proyectil de gran calibre. Perfecto blanco. Con una energía producto de la masa y velocidad. Buena velocidad, ya que el ruido del disparo había llegado mucho más tarde. ¿Un segundo? Menos, quizá. ¿Quinien-